



De oficio, maestro Empeñados en construir un mundo mejor desde las aulas

De pronto, el maestro descubre que ha pasado su vida dictando dictados; que durante miles de jornadas ha asumido con cada uno de sus alumnos el firme compromiso de hacerles superarse día a día

VÍCTOR JUAN*

■ Cada septiembre conozco a estudiantes que quieren ser maestros. Cuando les pregunto por los motivos que les han llevado a elegir estos estudios suelen contestar, como me decía yo mismo hace más de 30 años, que han elegido esta profesión porque les gustan los niños.

Esa es, quizá, la razón necesaria, pero no suficiente para dedicar la vida a la escuela. Son tan jóvenes que es imposible que entiendan que la docencia es una ocupación de largo recorrido y de empeños sostenidos. No pueden imaginar ni las horas de felicidad y de incertidumbre que les deparan a los maestros más de 40 años de ejercicio profesional ni el dolor de las desilusiones y

la perpetua esperanza que les esperan a quienes se empeñan en construir un mundo mejor desde la escuela, trabajando humildemente, en la pequeñez de los días que diría Marguerite de Yourcenar en 'Alexis o el tratado del inútil combate'.

Un día el maestro descubre que se ha pasado la vida dictando dictados, que durante miles de jornadas ha

asumido con cada uno de los alumnos que ha acudido a sus clases la misma promesa que Protágoras le hizo al joven Hipócrates cuando este estaba pensando en hacerse discípulo suyo: «Si me acompañas, te sucederá, cada día que estés conmigo, que regresarás a tu casa hecho mejor, y al siguiente, lo mismo. Y cada día, continuamente, progresarás hacia lo mejor».



LORENZO ORO GIRAL / Director del CEIP Tío Jorge de Zaragoza, al que llegó hace 37 años, y organizador de las colonias escolares en Boltaña (Huesca).

«En la escuela se compran muchos libros y se necesitan muchas otras cosas»

■ Cruzo el Puente de Piedra una mañana de mayo de frío inesperado. Me detengo junto a la cruz que recuerda que allí mismo cayeron Basilio Boggiero, Santiago Sas y el Barón de Warsage, tres héroes de Los Sitios de Zaragoza. En ese momento pienso que cuando unos minutos más tarde me encuentre con Lorenzo Oro (Zaragoza, 1948) estaré ante uno de los grandes defensores de la educación y de la escuela. Lorenzo ha dedicado su vida al colegio Tío Jorge, pero la escuela también le ha dado algo esencial: la posibilidad de hacer realidad proyectos como las colonias de vacaciones en Boltaña o las semanas de esquí que miles de alumnos han disfrutado porque Lorenzo defiende que todos los niños aragoneses deben saber esquiar o, al menos, que todos deben pasar un día en la nieve de los Pirineos. Mientras conversábamos en la sala de profesores, entró un instante Alicia Fernández Maurel, la actual jefa de estudios del CEIP Tío Jorge. Enseguida me dijo que había sido alumna de Lorenzo Oro y me confesó que si no hubiera sido por él, ella no hubiera jugado a baloncesto, no hubiera ido a esquiar y no hubiera disfrutado de las colonias escolares en Boltaña.

¿Cómo influyó en tu infancia que tus padres, Lorenzo Oro y María Teresa Giral, fueran maestros?
La escuela era mi casa. Hasta los 7 años viví en Montañana, donde ejercía mi madre. Mi padre era maestro en el barrio zaragozano de la Venta del Olivar. Cuando mi hermano Luis iba a empezar el Bachillerato nos instalamos en Zaragoza. En Montañana mi hermano y yo éramos libres, jugábamos por los campos y por las acequias, subíamos a los árboles, íbamos en bicicleta....

¿Por qué te hiciste maestro?
Al terminar 6º de Bachillerato decidí hacer el examen de ingreso en la Escuela Normal de Maestros de Zaragoza. Mis padres me animaron siempre. De la Normal guardo un especial recuerdo de Juan Alonso y Pedro Gómez, dos magníficos profesores.

¿Cuál fue tu primer destino?

En cuanto aprobé las oposiciones en 1970, me dieron plaza en Almonacid de la Sierra. Aquel fue mi único contacto con la escuela rural. Estrenábamos la Ley General de Educación que firmó el ministro Villar Palasí. En Almonacid éramos seis maestros y me asignaron una clase con treinta y seis niños...

Es un número considerable...

La dificultad no era el número de alumnos. En mi clase estaban los niños de 1º y 2º y de 7º y 8º.

No eran las condiciones ideales de trabajo...

Desde luego que no. Además a mí me interesaba mucho el deporte y allí no teníamos ni patio de recreo. Así que acepté la propuesta para trabajar en la

Escuela Hogar de Barbastro, donde estuve seis años. **Después ya obtuviste destino en Zaragoza...**

Aún trabajé durante un curso en Bilbao y en 1978 volví a Zaragoza, concretamente al Tío Jorge. Yo tenía 30 años. Me sorprendió que aquí a todos los maestros les dijieran «don»: don Eladio, don Francisco, don Miguel... Llegamos siete maestros definitivos. Nos extrañaba aquella rigidez formal.

¿Tenía carencias la escuela en aquella época?

No, el Tío Jorge era un centro prácticamente nuevo, inaugurado en 1970, bastante bien dotado, pero tenía un patio de recreo pequeño. No nos importó. Descubrimos el parque y lo convertimos en un espacio más de la escuela. Íbamos a hacer las clases de gimnasia, aprovechábamos sus zonas de juego, buscábamos las sombras de los árboles para dar allí las clases cuando el calor nos sofocaba en las aulas...

¿Desde cuándo eres director?

Como sabía que me lo íbas a preguntar, lo he consultado esta mañana en las actas del Consejo Escolar. Fui maestro durante 12 cursos y el 24 de febrero de 1990 me nombraron director de la escuela.

¿Ha cambiado mucho el barrio en estas décadas?

Creo que ha habido dos transformaciones muy importantes. En primer lugar, la creación del ACTUR provocó que familias enteras del Arrabal emigraran al nuevo barrio, buscando mejores casas. Nuestra matrícula se resintió. En aquellos años teníamos 40 o 42 alumnos por aula. Aspirábamos a tener 35. Luego 25...

¿Y la segunda?

La transformación del barrio de Jesús. Se hizo allí otra Zaragoza con la Azucarera, el Camino del Vado. Eso supuso la ampliación y modernización de la escuela dedicada a Hilarión Gimeno...

El Colegio del Tío Jorge está totalmente integrado en el barrio del Arrabal de Zaragoza...

Nos gusta trabajar con la gente del barrio. Compramos el material escolar en las papelerías y en las librerías del barrio, el pan, la carne y la fruta para el comedor en los establecimientos de los padres de los chicos de la escuela. Estamos convencidos de que hemos de favorecer a las personas que nos confían a sus hijos.

¿Cuántos alumnos tiene el centro?

Actualmente 475. Cuando teníamos niños hasta los 14 años la matrícula rondaba los 700.

Ya estarán escolarizados nietos de los primeros alumnos que conociste...

Sí, ya tenemos una niña que es nieta de uno de los primeros alumnos que tuvimos en la escuela.

Testigo de varias reformas educativas, ¿crees que las leyes cambian la escuela?



■ Lorenzo Oro, en el patio del recreo del CEIP Tío Jorge de Zaragoza. LUIS GIMÉNEZ

Pues creo que las leyes no son lo más importante. La escuela la cambian las personas. Las administraciones facilitan o entorpecen el trabajo de los maestros, pero lo que más importa es la voluntad de las personas. Mi experiencia me dice que cuando los maestros creemos que hay cosas que merecen la pena, las hacemos contra viento y marea.

¿Qué deberíamos hacer para formar mejores maestros?

Deberíamos convencerles de que es necesario que se impliquen en la comunidad en la que está la escuela, que participen más allá de las asignaturas, de los programas, de los horarios oficiales.

Tu manera de ser maestro te ha llevado a dedicar tu vida a la educación dentro y fuera de las aulas. Es muy importante lo que has hecho en la escuela, pero también lo que has hecho fuera de ella.

La escuela debe estar abierta al entorno. Para mí uno de los objetivos fundamentales de nuestra escuela es dar a conocer Aragón, desde los valles del Pirineo a la Laguna de Gallocanta, del mudéjar de Teruel a los Monnegros, del Románico de las Cinco Villas a las leyendas del somontano del Moncayo... Estamos satisfechos de que muchos padres han viajado a distintos lugares de Aragón porque sus hijos les han hablado de sitios que han conocido gracias a las excursiones que hemos organizado desde la escuela.

Pero para abrir la escuela al entorno no se siempre se cuenta con los recursos necesarios...

En el Tío Jorge nos las hemos arreglado a través del AMPA o de la Asociación de exalumnos para que todos los niños puedan disfrutar de las actividades en la nieve o de las excursiones escolares.

¿Cómo lo habéis conseguido?

Con autonomía en la gestión del centro. En Zaragoza hay media docena de escuelas que gestionan el comedor escolar. La asociación de padres gestiona nuestro comedor escolar. La asociación de exalumnos el programa de apertura y las colonias de vacaciones. Cuando nos ha sobrado algo de dinero hemos comprado botas, esquís, bicicletas, tiendas de campaña, tableros de ajedrez... En la escuela se compran demasiados libros y se necesitan muchas otras cosas.

Hablemos de las colonias escolares ¿Cuánto empezaste con esta actividad?

En 1973, estando destinado en Barbastro, organicé la primera colonia escolar en Boltaña. Era la primera colonia mixta de Aragón. A los más jóvenes les costará hacerse una idea de lo que aquello suponía en un país que aún tardaría cinco años en aprobar nuestra actual Constitución.

Más de 40 años acudiendo a Boltaña te han convertido en un sobrabense más...

Sí. Allí me siento en casa. Solo hemos faltado los dos o tres veranos que la Escuela Hogar de Boltaña estuvo en obras. Quiero resaltar que se trata de un mérito colectivo. He tenido -y tengo- colaboradores extraordinarios, como Fernando Martínez Bernal, que se empeñó en que los niños cultivaran un huerto en Boltaña y la actividad fue un éxito. Actualmente organizamos cuatro turnos de 11 días con 80 niños (50 de Zaragoza y 30 de Huesca) en cada turno. Procuramos ofrecer en cada edición actividades nuevas: paseos a caballo, acampadas en distintos lugares del Pirineo, travesías en bicicleta de montaña...

¿Desde cuándo participa el colegio Tío Jorge en el programa semana blanca?

Subimos a la nieve desde hace mucho tiempo, pero no participamos en la semana blanca. Desde el punto de vista de la organización no es fácil estar fuera de la escuela una semana entera. Por otra parte, muchas familias del barrio no se pueden permitir pagar el alojamiento, las clases y el alquiler del equipo para esquiar. En el Tío Jorge hacemos salidas en el día. Durante un mes y medio vamos y venimos a la nieve un día a la semana. Así ni se resienten las clases ni las economías familiares porque, como disponemos de material de esquí propio, los padres pagan solo el viaje en autobús. **Este es tu último curso en activo. En unos meses te jubilarás. ¿Te cuesta imaginar el futuro sin tener que llegar cada día al barrio del Arrabal?**

Siempre he mirado el futuro con esperanza. Físicamente me siento bien y estoy muy contento con el claustro. Son todos estupendos profesionales, pero te confieso que echo de menos a los compañeros que durante décadas me acompañaron, con quienes compartí trabajo, ilusión y muchas alegrías porque a pesar de lo que tantas veces se lee en la prensa, el maestro es un oficio hermoso que da muchas satisfacciones.

¿Serás capaz de vivir alejado de las aulas?

No, creo que no. Por eso no lo voy a dejar del todo. El Departamento de Educación de la DGA ha creado un programa de 'voluntariado'. Ya he solicitado acogerme a él porque quiero seguir colaborando con la escuela y con asociación de exalumnos planificando excursiones, elaborando guías didácticas de exposiciones, organizando las colonias de verano... Al fin y al cabo esta es mi vida y ni sé ni quiero vivirla de otra manera.

*VÍCTOR JUAN. DIRECTOR DEL MUSEO PEDAGÓGICO DE ARAGÓN Y PROFESOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y DE LA EDUCACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA.